

¡Qué Horror, un asesino con poder ! Recopilación histórica

Un secreto de familia aún no revelado sobre los restos de David Tejada.

Cuando Doris Pineda llegó al puesto de la Policía de Tránsito en Las Piedrecitas, estaba ahí un bus rural aparcado, mientras el ayudante del chofer pagaba el llamado "peso del coronel", como le decían entonces por razones obvias a una especie de peaje que la Guardia Nacional cobraba en las entradas y salidas de carreteras.

Tuvo valor suficiente ella, en la parte final de lo que Pedro Joaquín Chamorro calificaría en La Prensa como el "doloroso calvario de una viuda", para llamar aparte a un alistado, identificarse y mostrarle el cadáver del doctor y Capitán GN, Fernando Cedeño Flores, recostado en el asiento de al lado del conductor, en el pequeño carrito mazda rojo con sus vidrios destrozados.

Fue hasta entonces que toda la fortaleza usada para poder llegar hasta donde había llegado, se le vino al suelo y la pobre mujer rompió a llorar en lágrimas incontenibles, que se podrían haber contado por litros, mientras los pasajeros del bus se bajaban curiosos a ver un espectáculo terrible.

El guardia de Tránsito sólo atinó a abrazar a Doris y no pudo evitar pasar la "vergüenza" machista de un par de cortas

Hace 49 y 47 años respectivamente el Mayor-GN Oscar Morales, "Moralitos", asesina al Doctor Fernando Cedeño; antes lo había hecho con el joven David Tejada P.

de Rodolfo Tapia Molina, conmocionó a todo el país: "Moralito cumplió su venganza. Hoy mató al doctor Fernando Cedeño".

Los tres balazos

Las imágenes de todo lo ocurrido esa mañana a las 10:10 sobre la carretera vieja a León, cerca de la entrada a Puerto Somozza, estaban aún en las retinas de sus atractivos ojos, en el cerebro, y en el centro del corazón adolorido de Doris Pineda de Cedeño.

Recordó el ruido como de cohete que pasó al lado del carro y que Fernando pensó era el estallido de una llanta. Se detuvieron al lado de la carretera y ella fue a revisar las ruedas. Oyó entonces un segundo disparo claro y poderoso, vidrios por los aires y las últimas palabras de Cedeño: ¡Doris..., agachate!".

No hizo caso en el primer instante y decidió seguir revisando las llantas del otro lado, pero vio a unos 20 metros a un hombre de camisa cuadrada con un fusil en las manos aún apuntando y aún humeante, empezó a correr hacia el carro. Se lanzó al suelo, las medias se rompían en los pequeños mato-



Mayor GN, Oscar Morales Sotomayor.

que algo en diagonal, hizo un tercer disparo contra el doctor Cedeño. El cuerpo brincó en el asiento del conductor y se inclinó sobre la puerta entreabierta. No hubo quejidos ni más ruido. Sólo el eco del tercer disparo que huía a lo lejos.

Cabeza destrozada

Doris logró arrastrarse hasta la puerta del lado del conductor. Se asomó y vio a su marido con la cabeza destrozada. Dos de los tres balazos de garand habían dado en el blanco. Uno le entró por la espalda a Cedeño y le desbarató el pecho. El otro le dio en la cabeza, en el occipital izquierdo y le destruyó parte del rostro y toda la parte trasera del cráneo.

Ella le tocó con sus manos la sangre en la cara a manera de caricia y sentía que el suelo se hundía a sus pies y su cabeza le daba vueltas.

De rodilla frente al cadáver

de quien fue su esposo durante 17 años, Doris advirtió que el asesino se acercaba, caminando despacio, como no queriendo hacer ruido. Las botas militares del tirador estaban ahí, a un metro de distancia.

"No se preocupe, señora"

Cuando Doris levantó la vista, su horror llegó al máximo. De camisa a cuadros y sombrero verde amarrado de un ala al puro estilo de los "rangers" estadounidenses, con el garand descansando en un hombro, vio nada menos que al Mayor GN, Oscar Morales Sotomayor.

Ella no supo si sintió más odio que miedo. Moralito se veía tranquilo. Tomó del hombro el cuerpo de su víctima, lo sacudió y lo empujó con fuerza, arrecostándolo hacia al otro asiento del carro.

"Mayor... ¿me va a matar también a mí?", preguntó Doris sin reconocer su propia voz temblorosa y ronca que le salía de lo más profundo del pecho.

"No se preocupe, señora -dijo Morales- que con usted no es la cosa".

"Yo sólo quería comprobar ahorita que estaba bien hecho lo que yo debía hacer", agregó Moralito.

El asesino todavía volvió a sacudir el cuerpo de su víctima, luego le hizo un laudo militar con la mano derecha en la sien a Doris, y le dijo: "Nos vemos, pues, señora. Adiós", y dio la vuelta.

Días después Doris declararía que Morales siguió con su "caminado chiqueón de siempre" y abordó el jeep semi BECAT que lo esperaba sobrela carretera desierta, conducido por José Dolores Delgadillo Lola.

"Pobre Fernando"

La señora Pineda cree que logró gritarle "¡maldito, asesino!", a Moralito mientras éste caminaba hacia el jeep, pero nunca pudo estar segura de si le salió la voz para gritar o el grito fue sólo del alma.

El caso es que Doris estuvo varios minutos arrodillada frente al cadáver hasta que se detuvieron unos hombres desconocidos que viajaban en una camioneta pick up.

Ellos ayudaron a Doris a empujar el cadáver hasta sentarlo en el asiento del pasajero al lado del conductor. Pesaba mucho y encima daba más dificultades con su pierna enyesada, tras una fractura sufrida en un reciente accidente doméstico en Managua. Pero Doris se negó a irse con los desconocidos al puerto de la GN más cercano a poner denuncia alguna.

Los desconocidos se fueron hacia el lado de León, y al rato pasó otro vehículo que se detuvo y bajó un conocido de ella, El doctor Leonel Blandón, quien se asomó al carro mazda rojo y dijo 'pobre Fernando'... por decir la verdad le hicieron esto".

Blandón y su esposa Mercedes Lanzas, quien le acompañaba, intentaron convencer a Doris de que no manejara el mazda y que se fuera con ellos a León a poner la denuncia. Ella se resistió y se sentó al timón del pequeño carro que le había regalado su marido el día de los enamorados. Dio vuelta en U en la carretera y se enfiló hacia Managua, seguida de cerca por el automóvil de los Blandón-Lanzas, quienes decidieron acompañarle en su trágico periplo.

Pasa a la Página 9



El periodista Rodolfo Tapia Molina narró la venganza de Moralitos.

lágrimas que le mojaron los ojos.

Era ya casi el mediodía del lunes 13 de abril de 1970 y pocos minutos después, en el noticiero Radio Informaciones, la voz siempre en tono profundo

rrales por donde ella se arrastraba, y había un silencio fatal que lo rodeaba todo.

El tirador se acercó a rematar. Y desde la ventanilla trasera izquierda, casi de frente, aun-